

PRUEBA DE ACCESO

Han llegado tarde. Quizás no mucho, pero tarde. Él ha llevado el coche deliberadamente lento, como un modo de combatir la ansiedad y el nerviosismo de ella, de los dos en realidad, pero ahora, cuando entran sofocados por la puerta de la escuela de arte dramático, lamenta no haber salido para la capital una hora antes, media incluso. Le parece un mal presagio.

Es una tarde espesa de principios de julio, julio del sur, y el aire está cargado mientras suben las escaleras. El edificio parece vacío, y el rumor lejano de los carros de las limpiadoras acrecienta la sensación de retraso, de invitados que llegan a una fiesta cuando ya todos se han marchado y en el suelo quedan sólo los vasos de cartón y el plástico roto de los platos.

Él vacila en un descansillo mustio, mirando dudoso los carteles de los pasillos, pero ella, con gesto de indiferencia, o de resignación, como si todos llevasen al mismo lugar, se cuela por el de la derecha. Indefenso, él la sigue. Hay un ventanal al fondo junto al que se mueven un par de siluetas. Una de ellas parece estar haciendo estiramientos y él se relaja un poco. Aún continúan las pruebas, después de todo. Con una seguridad impostada, ella, su alumna, se dirige hacia las siluetas. Y él piensa que bien podría ser el único que ha llegado a conocer con cuánta frecuencia esa dureza de carácter, esos gestos de fiereza, esos arrebatos impulsivos a los que todos tanto tiempo temieron en el instituto, sólo camuflan a una niña solitaria y perdida.

Yo la considero un caso perdido, le había advertido el director con gesto incrédulo, pero que no se diga que no lo hemos intentado todo. Por entonces, ella aún era sólo un nombre para él, sólo un nombre oído en labios de otros,

porque nunca la había tenido en ninguna de sus clases, no habían coincidido, y eso que ella ya era una repetidora vocacional: dos años en segundo de ESO, y este año, precisó el director, ahora casi con satisfacción, va camino de repetir también tercero. Y las peleas en el patio, como la que acababa de protagonizar, no iban a ayudarla mucho.

Él salió del despacho de dirección, presto a enfrentarse en persona a aquella adolescente ingobernable cuya fama resonaba por las aulas. Ella era una silueta oscura en un rincón del vestíbulo y, con cierta inesperada precaución, él fue hacia allí. Vio sus zapatillas de incongruentes cordones rosas, unos vaqueros ceñidos negros y una camiseta, también negra, con el dibujo tenebroso de una luna ensangrentada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con muñequeras y uñas de morado intenso. La boca torcida en una mueca de asco o provocación quizás, con un pequeño aro metálico en el labio inferior. Una nariz afilada y un brochazo negro en los párpados que intentaba borrar todo rastro de sus ojos de tono acuoso. Y aún así él no pudo evitar un momento de parálisis al mirarlos, aterrado como un animalillo en una carretera ante el absoluto y furibundo odio que salía de ellos. Hasta entonces, él siempre había pensado que eso de que las miradas mataban era sólo un tópico de las malas novelas.

Las siluetas al fondo del pasillo, dos chicas, se vuelven hacia ella mientras se les acerca. Él la sigue algo retrasado, tímido, con el aire de un padre despistado en un botellón adolescente, y supone que precisamente eso les debe parecer a las chicas del pasillo: el padre. Su alumna y las chicas se saludan con seriedad, casi con desapego, sin decidir si prima más la condición de compañeras o la de rivales. Y luego se quedan paradas, pensando qué hacer ahora, si mantener la conversación o bajar la mirada. Al final, la chica de los estiramientos decide volver a su tarea. Lleva unas mallas de ballet. Su alumna va en vaqueros.

¿Violeta?, la llamó él, igual que un colegial que no sabe la lección, escondiéndose de sus ojos. Ella no respondió, pero tampoco dejó de mirarlo y él supo que la chica no diría nada más hasta que él no soltase, como si se ahogara, todo su discurso. Y lo soltó, atolondrado como un mal actor que no quiere olvidar su texto: que el director decía que la iba a expulsar, y no unos días, sino para siempre, que no quería más problemas allí, pero que él se encargaba del grupo de teatro del instituto y que, si ella quería, claro, podía conmutar la expulsión por unas semanas de prueba en el grupo. Sólo por probar, recalcó, y no quedaba claro si lo decía para alivio de ella o de él. Hay gente que descubre su vocación, añadió, pero no supo si acabar con una sonrisa o con un gesto serio, así que la indecisión derivó en una mueca de absoluto idiota. Ella, puro desprecio, aún siguió observándolo muda unos momentos. Y luego se puso en pie. Vale, dijo, a qué hora, y eso fue todo.

Ahora se sientan los dos en un banco junto a la pared, idéntico a los del instituto, y parece que no hubiesen pasado cuatro años, que volvieran a estar allí, junto al despacho de dirección y no en un pasillo de la escuela de arte dramático en una tarde sofocante de julio. Estoy nerviosa, confiesa ella. Son sus primeras palabras desde que salieron del coche, y que ella lo reconozca tan abiertamente consigue acentuar el propio nerviosismo de él. Yo también estoy nervioso, querría contestar, tan nervioso como si fuese a mí a quien evaluaran, y en cierta manera, así es. Cuando ella entre a la audición se someterá a juicio no solo la insistencia de los últimos meses ante los padres de ella, reticentes e incrédulos, qué es eso de que quiere ser artista, o el esfuerzo de estas últimas semanas de ensayos particulares, a horas imposibles, antes de almorzar o después de cenar, las ventanas abiertas en el sofoco del pueblo dejando escapar la música, el sonido de su voz punteando las canciones, los monólogos repasados mil veces. Juzgarán, siente él, la utilidad, el sentido último de hacer teatro en un instituto, para qué perder tardes que los muchachos aprovecharían más estudiando matemáticas o

historia o lengua, ya te digo, hay que estar aburrido para quedarse con los alumnos a ensayar después de toda la mañana, menudo estúpido. Sí, querría contarle todo eso a ella, fundir el miedo de ambos en un mismo consuelo, pero una vez más se calla. Y lo que le responde, en ese papel de psicólogo, confesor y guía que tantas veces le ha tocado en esta función, es: también estabas nerviosa la primera tarde que viniste a ensayar, ¿recuerdas?

Ella asiente. Sonríe. Hasta quise irme, reconoce. Es verdad, se había sentido extraña entre sus compañeros, todos estudiantes aplicados y monótonos, unos sosos, seguro que nunca habían aguantado un sermón del director o sufrido una semana de expulsión, y además la sola idea de respetar un compromiso, aunque fuese un día cada semana, le resultaba insoportable. Ya añoraba, y sólo había tenido un ensayo, las tardes ociosas en el sofá de su casa vacía, sus padres trabajando, la tele encendida sin pausa, el móvil en la mano. O un rato de pipas y tabaco en los bancos del ferial, con sus amigos, mayores todos que ella y desertores tiempo ha de las aulas, inútiles las advertencias de sus padres, de tanta gente. Hacer, en definitiva, lo que me salga, sin que nadie me espere ni me necesite, sin que me lo ordene un tío que va de enrollado con todo esto del teatro, pero que no deja de ser un profesor más, uno de esos que me dirigen la palabra solo porque es su obligación, su puto trabajo, ¿o no? Arrinconado por su audacia, dolido por su equivocada crudeza, él apenas pudo suplicar: por favor, inténtalo. Y ella lo intentó.

Sigue la sonrisa en el rostro de ella, mientras la memoria une ambos momentos, cuatro años después, tantos ensayos, tantas obras, tantos aplausos en el pequeño salón de actos de aquel instituto de pueblo que ha acabado quedándole pequeño. La mirada feroz sigue en sus ojos, pero ahora no es odio ni frustración lo que los enciende, sino el fuego certero de los que han llegado al punto exacto donde una vida entera puede girar sobre sí misma y reinventarse en otra nueva e

impredicable. Así que supongo, dice ella al fin, la sonrisa soñadora aún, que ya no tengo más remedio que entrar a la prueba. Y es entonces, inesperadamente, cuando ella le abraza. Y cuando él, al fin, comprueba eso que algunos, locos sin duda, siempre repiten: que no hay para un maestro mejor recompensa que cambiar la vida de sus alumnos.

Aún están abrazados cuando se abre la puerta de la sala de audiciones y del interior asoma una mujer con un listado.

¿Violeta?, pregunta, y le sonríe.

Es tu turno.